

Empecemos por ahí

1. A partir de cero

Llevaba once años viviendo en Inglaterra, cuando murió mi marido. Esa circunstancia me obligó a plantearme mi vida a partir de cero. Regresé a España en 1973, a los 36 años, un momento clave entre el mundo joven y el adulto. Aunque me encantaba la vida inglesa, empezaba a sentir la necesidad de volver. Cuando estás fuera, estableces una distancia con lo verdaderamente tuyo, mientras que nunca llegas a incorporarte del todo al país de adopción.

2. El gran descubrimiento

La toma de conciencia de la muerte me transformó, y diría que no en un sentido negativo. El sentimiento de dolor me permitió mantener la claridad suficiente para darme cuenta de que existir es un privilegio que no puede desaprovecharse. No cabe quejarse de estar vivo. La vitalidad, el amor a la vida, es lo único que tienes. Ése es el gran descubrimiento. Aunque sea difícil saber qué hacer con él.

3. Una afinidad especial

Una amiga me ofreció incorporarme a una galería. Yo no sabía nada de arte, pero acepté. Hasta entonces, había trabajado siempre desde el interior de la familia, primero con mi padre y luego con mi marido. A través de mi padre, que tenía una magnífica biblioteca y un estupendo círculo de amigos poetas y escritores, viví en cercanía con el mundo intelectual y artístico. Sentía una afinidad especial con los escritores, porque la palabra me ayudaba a contrastar lo que experimentaba en cada momento.

4. Lo único que no está permitido

El arte fue para mí una puerta maravillosa que se abría. En cuanto empecé a trabajar, supe que era justo lo que necesitaba. Arte y vida guardan un paralelismo absoluto. Igual que un artista tiene que inventarse su obra, cada cual debe inventarse su propia vida día a día. Se parte del pasado, pero no vale lo ya vivido. *Hoy* es el día en que hay que *hacerlo*; el día en que hay que vivir. Lo único que no le está permitido al artista es engañarse.

5. Un proceso misterioso

Más que el resultado artístico, lo que me interesaba del arte era el artista, es decir, el proceso creador. El resultado representa la afirmación de ese proceso, pero es mucho menos misterioso. Nos han educado demasiado en el objeto. Se ha escrito poco sobre el proceso creador, y muchísimo sobre el resultado. El artista plástico es el gran desconocido.

6. Algo así como entrar en un convento

Trabajé dos años con Fernando Guereta. A continuación estuve con Theo durante siete años. A finales de 1982, Carmen Jiménez, que acababa de ser nombrada Directora de Exposiciones, me habló de Europalia. Era la posibilidad de explorar otro territorio del mundo del arte que no fuera el de abrir una galería. Nunca quise abrir una galería de arte. Temía que, al hacerlo, perdería esa cercanía vital que yo buscaba en los artistas. Tomada en serio, una galería es una inmensa responsabilidad. Algo así como entrar en un convento. Exige disponibilidad total y una enorme voluntad personal. Esa mezcla me inspiraba un cierto horror. Supongo que ingresar en un convento es una decisión que siempre se toma con ciertas dudas.

7. Un asombro continuo

Mi camino ha sido un asombro continuo. Siempre creí que necesitaba seguridad y apoyo, y resultaba que no: lo que yo necesitaba era atrevimiento. El día en que lo tienes claro, lo sabes. Sólo hay que estar atento y esperar a que ocurra. Entonces, no puedes demorarte: ahora o nunca... Abrí Soledad Lorenzo en 1986, a los 48 años. Como digo, no es algo que yo recomendaría a nadie, pero estoy encantada de haberlo hecho, porque me

ha ofrecido la posibilidad de acceder a un territorio mental que yo misma desconocía. Salvo que uno se agote, es una aventura eterna, porque ese territorio no deja de cambiar y renovarse. El arte y la vida están en marcha siempre. Si uno es capaz de soportar esa marcha...

8. ¿Cómo se hace eso?

Trabajo catorce horas diarias. Nada me distrae ni me aparta de mi dedicación. La galería es mi casa, y mi casa es la continuación de la galería. En el fondo, el quehacer de un galerista es muy humilde: servir de puente entre el artista y la sociedad. Sin artistas, no eres nadie. Sin coleccionistas, tampoco. Yo he hecho bastantes locuras, pero han sido siempre medidas. La vida profesional exige mantener una especie de sensatez. Ser empresario significa tratar con una determinada mercancía que está ahí para venderse. ¿Cómo se hace eso? Lo único real es que cuando alguien compra una obra de arte, está creyendo de verdad, es decir, está favoreciendo con un gesto la posibilidad de que aflore el talento.

9. El problema del arte

La década de los ochenta ha sido una época de vitalidad en la sociedad española. Se vivía la esperanza de un cambio real en la vida española, y ese cambio estaba afectándonos a todos. Lo malo de los momentos de euforia es que dejan detrás un desierto. Nos hemos pasado al menos cinco años sin hablar de otra cosa que de ventas y de negocios —«Se han vendido 45.000 millones en ARCO..»—. Y cuando llega la crisis, ya no se habla más que de crisis. En ningún caso se habla de arte. El mercado del arte es una rama del mercado, pero el problema del arte es mucho más serio y más eterno.

10. Compartir responsabilidades

Se trata de hacer algo que valga la pena. Es igual un lápiz, una cámara de fotos o un espacio en Internet. Indudablemente, somos mucho más críticos y exigentes con la pintura, porque es lo que mejor conocemos. Mi estética, por simplificar, corresponde al informalismo y a la nueva figuración. Tàpies ha sido para mí un maestro de la mirada. Y siento absoluta devoción por la obra de Luis Gordillo. Para mi propia sorpresa, debo decir que la relación

con los artistas es muy superior desde la galería –compartiendo responsabilidades– que desde la amistad.

11. El arma de salvación

No tengo miedo. Lo que más me preocupa es que los costes de mantenimiento de una galería en condiciones son muy altos. La pintura se vende. Lo demás, cuesta muchísimo. Ciertamente, hay una recuperación del mercado del arte, paralela a la recuperación económica general. Sin embargo, y quizás como reacción al gran cambio en que nos hallamos inmersos, estamos atravesando una etapa de conservadurismo, tanto en la iniciativa privada como en la institucional. Tengo responsabilidad total sobre catorce artistas, y no puedo defraudar expectativas, por más que sepa que hay unas exposiciones más difíciles que otras. Organizo ocho al año. Al menos en tres de ellas, necesito depositar una mínima seguridad, y eso significa contar con la pintura. La pintura es el arma de salvación. La gente ama la pintura, aunque los cuadros midan cuatro metros. La llevamos casi en nuestros genes. No se me ocurre nada más lejano que el final de la pintura.

12. La mirada es algo muy extraño

Efectivamente, hoy en día, las galerías tienen un problema: que cierto tipo de arte es muy difícil de asimilar por la sociedad, muy difícil de encajar en los ambientes privados. Se precisa una ayuda importante –que no se está produciendo– por parte de fundaciones, museos, instituciones, bancos. Aunque el pequeño núcleo atento al arte contemporáneo se ha ampliado, sigue sin existir una conciencia colectiva. La sociedad, en general, se está acercando al presente desde las formas plásticas más clásicas, empezando por la pintura. No digo que no sean necesarias las grandes exposiciones históricas, pero me parece que se está abandonando el presente, lo más vigente. En ese sentido, tenemos obligación de dar claves, porque el arte actual es muy hermético. ARCO ha ayudado a que la gente afine su mirada. La mirada es algo muy extraño, que se educa solamente *viendo*.

13. Un paralelismo fantástico

Lo importante es mantener la tensión, porque es lo único que te hace estar despierto. En cuanto una galería decae... Tras prácticamente un siglo de his-